

## EL CORPUS DE TOLEDO

### PREGON

Todavía en el Monte Sión resuenan los salmos del "gran Hallel". El entorno es áspero. La primavera, pedregosa. El Jerusalén amurallado queda atrás. Hemos atravesado la Puerta de Sión, dejando a un lado el templo de la Dormición. Y allá, a lo lejos, se vislumbran el valle del Kidrón y el Monte de los Olivos. Así llegamos al Cenáculo.

En la tarde del 14 de Nisán, el primer día de los Acimos, se habían inmolado los corderos en el atrio del Templo. El Monte Moria, viejo escenario del Sacrificio de Abraham, está en todo su esplendor. Los sacerdotes derraman la sangre junto al altar de los holocaustos, y Jesús con sus discípulos va a celebrar la Pascua..... "Id a la ciudad y os saldrá al encuentro un hombre con un cántaro de agua. Seguidle. Y donde él entrare, decid al dueño: el Maestro dice: ¿dónde está mi estancia, en que pueda comer la Pascua con mis discípulos?. El os mostrará entonces una sala alta, grande, alfombrada, pronta. Allí hareis los preparativos para nosotros".

En el salón escogido para esta solemnidad, la casa del evangelista Marcos según una tradición que data del siglo IV, resonarían, conforme al ritual judío, los salmos del Hallel:

"¡Aleluya!, alabad siervos de Yahvé,  
alabad el nombre de Yahvé,  
sea bendito el nombre de Yahvé  
desde ahora y para siempre.  
Desde el levante del sol hasta su ocaso  
sea ensalzado el nombre de Yahvé.

Su gloria es más alta que los cielos".

Estamos en Jerusalén, en el Monte Sión, tal vez efectivamente en el mismo Cenáculo donde Jesús instauró la Eucaristía y donde el Espíritu Santo se derramó sobre los Apóstoles. Pero ¿cómo es este lugar?. Este Cenáculo resulta desconcertante si lo comparamos con el que, tantas veces, hemos visto representado por los artistas de Occidente...que no conocían Jerusalén. Recordemos, por ejemplo, la Cena de Leonardo da Vinci. Pero el lugar no es tan desconcertante para los que conocemos Toledo, ciudad a la que, tantas veces, se ha comparado con Jerusalén.

En el piso inferior hay una sinagoga, menor que las nuestras toledanas y menos trascendental desde el punto de vista artístico, pero especialmente santa para los judíos, ya que, según la tradición, la tumba que allí se venera -realmente un cenotafio- es, nada menos, que la de David. Encima, en el piso superior, está el Cenáculo, quizás, efectivamente, el lugar donde Cristo instituyó la Eucaristía. Y en él, desconcertándonos de nuevo, un mihrab de estilo osmanlí. Al exterior, sobre nuestras cabezas, contiguos y perfilados sobre el cielo del Monte Sión, una cúpula y un alminar. En definitiva, juntos, sinagoga, templo y quibla.- ... Como en Toledo.

No en balde, Jerusalén es la capital de las tres grandes religiones del Libro, de las tres grandes religiones monoteístas. Y Toledo es la ciudad de las Tres Culturas.

Jesús, partiendo de la tradición véterotestamentaria del Séder y acomodándose a su ritual -el pan ácimo, las hierbas amargas, el cordero y el vino mezclado con agua-, va a instituir la Sagrada Eucaristía: "Tomad y comed, esto es mi cuerpo... Esta es

mi sangre.....que será derramada por todos para la remisión de los pecados".

Después, terminada la cena, nuevamente el canto de los himnos, de los salmos: "Alabad a Yahvé las gentes todas, alabadle todos los pueblos.....alabad a Yahvé porque es bueno, porque es eterna su piedad".

Cristo nos acaba de legar el Pan de Vida. Ahora el camino del Monte de los Olivos le espera.

Todavía puede verse, muy cerca, una escalera de piedra, contigua a San Pedro Gallicantu, de tiempos de los Macabeos, por donde Jesús descendería del Monte Sión.

Su Pasión va a comenzar. Pero siempre quedarán entre nosotros sus palabras esperanzadoras: "Haced esto en conmemoración mía".

Ahora cambiamos de escenario. Dejamos el monte Sión. Abandonamos Jerusalén. Estamos en Toledo, en la Catedral Primada, ante su incomparable retablo y bajo las bóvedas góticas del cardenal Cisneros. Son testigos de excepción Alfonso VII, el Emperador, y la reina Berenguela, Sancho IV el Bravo y doña María de Molina. Y también el alfaquí Abu Walid y el gran cardenal don Pedro González de Mendoza. En el coro, la Virgen Blanca sigue sonriendo amorosamente al Niño. Y los cantos gregorianos parecen elevarse aún desde la bellísima sillería, gótica y renacentista, de Rodrigo Alemán, de Felipe de Vigarny y de Alonso Berruguete. Por las bóvedas de la girola, discurre un gran caballero medieval, don Esteban Illán.

Han transcurrido casi dos mil años y, es cierto, que el Mediterráneo pone un ancho mar por medio. Pero, obedeciendo al mandato eucarístico, se van a repetir los mismos hechos: el cuerpo y la sangre de Cristo están con nosotros. Es la Pascua Florida, siempre renovada.

El incienso oriental y la música barroca subrayan la universalidad, la catolicidad de los hechos. El Transparente, la gran custodia del retablo, vibra de luz.

Aunque la misa del Corpus Christi sea el momento culminante de la fiesta, su exteriorización popular es, sin duda, la procesión, que Toledo viene celebrando desde 1418, cuando reinaba Juan II y ocupaba la silla primada el arzobispo don Sancho de Rojas.

Hasta comienzos del siglo XIII, la Iglesia conmemoró en el día de Jueves Santo, conjuntamente, la institución de la Eucaristía y el inicio de la Pasión, quedando, tal vez, ofuscada para el pueblo la distinción entre ambos acontecimientos. Así fue hasta las visiones que tuvo de la luna, parcialmente eclipsada, una monja agustina de Lieja llamada Juana. A través de estas revelaciones, ella entendió que la Iglesia debería celebrar, de forma nueva e independiente, la fiesta del Santísimo Sacramento. Estos prodigios, ocultados con humildad por la religiosa durante veinte años, fueron conocidos, al fin, por un arcediano, el futuro Urbano IV. Pasado cierto tiempo, este mismo pontífice, mediante la Bula "Transiturus de hoc mundo", instauró la festividad del Corpus Christi, si bien hay que esperar al pontificado de Juan XXII, ya en el siglo XIV, para el afianzamiento definitivo de la misma. Contribuyó también a la exaltación eucarística la célebre misa de Bolsena, inmortalizada, años después, por Rafael, de forma bellísima, en las Estancias del Vaticano.

Indisolublemente ligada a la festividad del Corpus Christi, surge también por entonces, la procesión eucarística que supone la culminación del culto al Santísimo Sacramento. Y, por exigencia de la misma, el auge de las custodias, mediante las cuales podemos gozar de la visión inmediata del Pan consagrado.

Toledo, gracias al cardenal Cisneros y al arte sin par de Enrique de Arfe, rinde homenaje a Jesús sacramentado, de forma excepcional, con una bella custodia, pináculo ascendente de arquerías caladas. Yo tuve ocasión de verla desmontada en su última restauración y entonces comprendí que no era una obra artística hecha para la admiración de los hombres, sino una alabanza, una oración musitada quedamente al Santísimo, ya que sus partes más ricas, contiguas al viril, son difícilmente visibles por el espectador.

La procesión va a comenzar.

Allá arriba, el sol brillante,  
las estrellas allá arriba.  
Aquí abajo los reflejos  
de lo que tan lejos brilla.  
Allá lo que nunca acaba.  
Aquí lo que al fin termina.  
¡Y el hombre atado aquí abajo,  
mirando siempre hacia arriba!.

Jesús sale a la calle para recibir el homenaje de los toledanos. El bronce sonoro de las campanas, la música, los cantos

eucarísticos se esparcen por doquier, mezclados con el aroma del tomillo, de la mejorana, del romero y del espliego, que todo lo inunda. El sol hace guiños a través de los toldos.

Desde hace muchos años he asistido a la procesión del Corpus toledano. Al principio, como mera espectadora. La primera vez desde un balcón situado estratégicamente frente a la Puerta de los Leones. Otras veces, en la Plaza de Zocodover o en la de San Vicente. Y, desde la creación de la Cofradía Internacional de Investigadores del Cristo de la Oliva, a la que me honro en pertenecer, como participante activa, recorriendo las calles. Y puedo decirles, que son dos procesiones distintas, aunque en ambas el protagonismo corresponda al fervor eucarístico. La primera, la estática, lleva a la contemplación de las gentes que desfilan ante nuestros ojos, anunciando el paso de la custodia. En la segunda, el protagonismo corresponde a la ciudad, a las calles y balcones engalanados, pero también a los palacios, a las "casas principales", y a los templos que, con los toledanos que allí vivieron y allí recibieron sepultura, son, una vez más, testigos mudos al paso de Cristo Sacramentado.

El cortejo comienza -después del paso de la Guardia Civil en traje de gala-, con la gran cruz procesional de la Catedral Primada, obra exquisita de orfebrería regalada por Alfonso V de Portugal a don Alonso Carrillo de Acuña, el arzobispo toledano que casó a los Reyes Católicos. La manga que la sustenta, de tiempos de Cisneros, es su digno soporte, y entre sus bordados distinguimos dos retazos de la historia de Toledo, el Martirio de San Eugenio y la aparición milagrosa de Santa Leocadia a San Ildefonso.

Vienen luego las cofradías toledanas, las asociaciones juve-

niles, los hermanos de Nuestra Señora del Rocío, la Hermandad del Cristo del Calvario, la Hermandad del Cristo de la Vega, con su imagen titular, el Cristo del brazo desclavado, inmortalizado por Zorrilla -"¡Jesús, hijo de María, ante nos esta mañana, citado como testigo por boca de Inés de Vargas....!". Luego la Hospitalidad de Nuestra Señora de Lourdes. Y a continuación la Cofradía Internacional de Investigadores, con veste negra, gorguera blanca rizada y birretes multicolores, como escapada del Entierro del Conde de Orgaz. Siguen las cruces parroquiales, las religiosas de Vida Apostólica, los representantes de la Adoración Nocturna y la Ilustrísima Hermandad de los Caballeros Mozárabes de la Esperanza, manto azul y la cruz bordada de Alfonso VI. Con esta indumentaria contrastan los mantos marfileños del Capítulo del Santo Sepulcro, guardia de honor del Primado de España, los rojos de la Hermandad de los Infanzones de Nuestra Señora de la Caridad de Illescas, y los verdes del Capítulo Hispanoamericano del Corpus Christi, que desfilan seguidamente.

Luego llegan los representantes de una de las instituciones más entrañables de Toledo, el Colegio de Infantes fundado por el cardenal Silíceo. A los distintos Seminarios, encabezados por el de San Ildefonso, suceden las Ordenes Monásticas con sus correspondientes hábitos, el clero secular, la Real e Ilustre Cofradía de la Caridad, la más antigua de Toledo, el Cabildo de Capellanes Mozárabes, y el clero catedralicio.

Ya llega la custodia, hijo,  
 con luces de pedrería.  
 Velos de incienso la nublan.  
 Es el hijo de María.

El momento es solemne. Un acólito lleva el báculo arzobis-

pal, mientras doce niños ponen un toque rococó delicioso, contrastando con los diáconos de ricas dalmáticas barrocas.

La "Campanilla del Corpus" repica ya, y los turiferarios envuelven con una nube de incienso al Pan de Vida, cobijado por la Custodia de Arfe.

Esta custodia, no es, por supuesto, la primera utilizada en la procesión del Corpus toledano. Consta documentalmente que hubo otra anterior, cuyo rastro se perdió en 1521, si bien quedó descrita por dos ilustres viajeros, Jerónimo Münzer y Antonio de Laing. La custodia que hoy admiramos tiene, como núcleo más antiguo, el ostensorio que perteneció a Isabel la Católica, de oro americano, adquirido por Cisneros al morir la reina. Este ostensorio se fue engalanando posteriormente, si bien la parte fundamental, desde el punto de vista artístico, es, como se sabe, la realizada por Arfe, el orfebre alemán llegado a España con Felipe el Hermoso. Desde el siglo XVI hasta nuestros días, esta es la custodia de nuestro Corpus. Al parecer, con una excepción. Cuando, después de los trágicos acontecimientos de 1936, Toledo pudo volver a celebrar la tradicional procesión por la ciudad, la custodia estaba peligrosamente desmontada y guardada en cajas, y no podía montarse con la rapidez requerida. Ante los hechos, la comunidad de San Clemente ofreció su gran ostensorio para sustituir al de Arfe. Este dato, que yo desconocía hasta hace poco, me lo ha brindado precisamente una de las religiosas de este monasterio.

Cuando uno participa activamente en la procesión, recorriendo las calles y las plazas engalanadas, como avanzadilla de la custodia, las vivencias son distintas. El principal protagonista es la ciudad, abarrotada en sus calles y balcones. Y, entre los cantos eucarísticos, la imaginación, brujuleante, puede volar más



allá de los mantones de Manila, de los claveles y de los adornos de boj, permitiéndonos ver un Toledo distinto, oculto por la lejanía del tiempo o por los inaccesibles muros claustrales. Es el Toledo fervoroso de la Edad Media, con su religiosidad impregnada todavía de la vieja liturgia mozárabe. Es el Toledo que ensalza a Cristo dentro de los fanales mudéjares de sus iglesias, -evocadoras de las tradiciones estéticas del Islam-, en las que se sigue alabando a Dios, bajo el nombre de Allah, en las inscripciones cúficas o nasjies de las yeserías y los alfarjes.

Pero es también el Toledo de los siglos XVI y XVII, envuelto en la exaltación mística teresiana que afloró magistralmente en la pintura del Greco, en sus retablos, en los apostolados, en las teorías de santos y en las Vírgenes asuntos.

La procesión ha salido del templo. Avanzamos desde la Puerta Llana, admiramos al pasar la bellísima Puerta de los Leones, y descendemos lentamente por la curva que abraza a la Catedral. Nuestra imaginación tiene ya permiso para desbordarse, libre del aquí y del ahora.

Poco antes de llegar a los Cuatro Tiempos tenemos el primer encuentro. El que creemos ver subir por la antigua calle del Barco, es, nada menos, que nuestro entrañable historiador, don Francisco de Pisa, ya viejo y achacoso, camino de la Catedral o del colegio de San Bernardino. Viene de su casa, situada frente al "refitorio" del Colegio de Infantes, como él mismo nos cuenta en su testamento.

Un poco después, son los Reyes Católicos los que participan con nosotros en la procesión, desde la Posada de la Santa Hermandad.

Seguimos avanzando. El espacio se estrecha en la calle que

fue de los Torneros. ¿Estamos en Toledo o en la Medina de Fez?. ¿O, tal vez, en el Jerusalén bíblico de la calle de la Amargura que conduce al Gólgota y al Santo Sepulcro?. Aquí y allí la misma angostura, el mismo bullicio de antes y de ahora. Y, como en Jerusalén, una mezquita contigua, la de las Tornerías.

Cantamos al Amor de los Amores.....Y así, cantando, desembocamos en las Cuatro Calles. Este fue, en tiempos, el barrio de los Francos, y allí, muy cerca, estuvieron también las alcaicerías de la influyente doña Inés de Ayala, hermana del Canciller y esposa de Diego Gómez, el célebre alcalde y notario mayor de Toledo, en tiempos del rey don Pedro.

La estrecha Calle Ancha, la del Comercio, que recorreremos ahora, sigue siendo, con sus tiendas variopintas, el mismo zoco de antaño, que nos conduce al gran zoco, Zocodover, el antiguo Suq al-Dawabb, o mercado de las caballerías, escenario también de las justas medievales. Aquí el Prelado, sobre una tribuna instalada bajo el arco de la Cofradía, que fue, de la Sangre de Cristo, tras unas breves palabras, dará la bendición con el Santísimo.

"....frutos de la viña y de la mies,  
a quienes los cielos mandan  
servir, amar y temer".

Al llegar a este lugar, inevitablemente, dedicamos un recuerdo a las cercanas monjas de la Casa Madre de la Orden de la Concepción. Orden fundada por Santa Beatriz de Silva, con el apoyo de Isabel la Católica, en los antiguos Palacios de Galiana. Y, mentalmente, cantamos con una de sus religiosas:

"¡Cuán bellos son los amores  
 que, en lo más hondo del alma,  
 riman armónicamente con la Reina Inmaculada!  
 ¡Qué bien supo Beatriz adornar su virgen alma  
 con los tres amores santos, Hostia, Cruz e Inmaculada!"

Pero, ¿cómo celebran las comunidades de vida contemplativa el Corpus toledano?. Concretamente las Concepcionistas tienen, después de la misa temprana, su propia procesión, recorriendo los claustros adornados amorosamente con motivos florales y emblemas eucarísticos. Y, nuevamente aquí, la paradoja toledana. Cuando su bellísima custodia tintineante discurre bajo el palio llevada por el capellán, ~~con~~ los pétalos de rosa a sus pies, el más bello telón de fondo son, sin duda, las yeserías mudéjares, con inscripciones árabes, que circundan las laudas sepulcrales. Este es un ejemplo más de la vieja tolerancia toledana. En este claustro parecen resonar todavía los versos de Sor María de Santa Isabel cantando al Santísimo Sacramento.

"Triste pensamiento. Dile  
 a los ojos que más quiero,  
 que me muero.  
 Que es triste muerte la vida  
 pues de su vista carezco,  
 que, aunque galán, se concede  
 a mis ojos encubierto.  
 Gloria no tendré en el alma  
 hasta gozarle sin velo.  
 Triste pensamiento. Dile  
 a los ojos que más quiero  
 que me muero."

Luego, la calle de la Sillería, hasta llegar a San Nicolás,

parroquia donde vivieron en el siglo XIII ilustres feligreses descendientes de Esteban Illán, entre ellos don Gonzalo Pétrez "Gudiel", el arzobispo toledano que, en sus últimos días, estando en Roma, fue nombrado cardenal y obispo de Albano.

Y la calle de los Alfileritos, en íntima penumbra, con la tradicional imagen de la Virgen casamentera.

Lentamente, la procesión, en paralelo con el muro del Azor, desemboca en la Plaza de San Vicente. El cubillo mudéjar de su iglesia, a pesar de los arcos de herradura, quiere también rendir homenaje a Jesús Sacramentado.

Enfrente, las madres agustinas, conocidas con el nombre de las Gaitanas, contemplan el paso de la procesión, sin ser vistas, desde las celosías altas de su convento. Es el mismo homenaje que todas las tardes, en su iglesia abierta a los fieles, rinden al Santísimo, amorosamente cobijado por la espléndida Inmaculada de Ricci.

Al otro lado, la antigua sede de la Inquisición se ha hundido en el tiempo, transformada en un aplastante edificio neoclásico.

Aquí el cortejo procesional sufre un quiebro en el recorrido. A la derecha dejamos el Toledo entrañable y recatado de los cobertizos becquerianos, donde diversos monasterios viven con fervor la festividad del Corpus, participando en la procesión sin verla, orando ante sus custodias. Las franciscanas de Santa Clara, evocando a su santa titular, que, precisamente, con el osten-

sorio, supo detener, en tiempos, a los enemigos de Cristo. Y las Capuchinas de don Pascual de Aragón, tan devotas de Jesús Sacramentado, que, habitualmente, se saludan entre ellas diciendo, "Alabado sea el Santísimo Sacramento". Muy cerca también, las Comendadoras de Santiago, a cuya comunidad perteneció en el siglo XVII la venerable María Bautista, que tuvo el privilegio de contemplar la procesión del Santísimo Sacramento en el cielo, según nos cuente su biógrafa, sor María de Santa Isabel.

Y nuestra imaginación sigue evocando, al compás del paso lento.

"Que la lengua humana cante este misterio, la preciosa sangre y el precioso cuerpo....". "Pange lingua gloriosi, corporis misterium.....". Así, con especial veneración, cantan en este día las dominicas de Santo Domingo el Real, recordando a uno de los santos más preclaros de su Orden, Tomás de Aquino, autor del Oficio del Corpus Christi y del conocido canto eucarístico. Precisamente en su coro, frente al bellissimo retablo presidido en estos momentos por Jesús Sacramentado, se conserva la representación más antigua del Corpus toledano, un relieve gótico en piedra, que muestra la custodia desfilando bajo palio. A sus pies, las dominicas de otros tiempos, bajo las lápidas sepulcrales, participan en el homenaje. María de Castilla, la hija del rey don Pedro, su madre doña Teresa de Ayala, la priora, la magnífica señora doña Juana de la Espina de Romania.

Cerca de allí, las cistercienses de Santo Domingo el Antiguo han tenido ya, a primeras horas de la mañana, su procesión del Corpus. Desfilan pausadas, con la luz matizada por los arcos conopiales de su devoto claustro, envueltas por la nube de in-

cienso y el olor de la celinda y el romero. Es el mismo claustro que recorriera doña Ana del Sacramento, contemporánea del Greco, "pisando serafines", como decían las sorores de su época.

"Dile que toda me abraso,  
dile que toda me quemo,  
dile que en todo le busco,  
dile que en nada me quiero...."

Hasta la tumba del Greco, muy próxima a este lugar, llegan los cantos eucarísticos de la comunidad, mientras el joven Señor de Ajofrían, muerto en Aljubarrota, duerme su bello sueño de alabastro.

En el Imperial Monasterio de San Clemente, también del Cister, el escenario de la procesión sacramental es grandioso. Es el claustro trazado por Vergara, donde vivió la condesita de Chinchón. A la fragancia del jardín central, se suma el de las plantas aromáticas traídas desde el convento de Monte Sión, que alfombran el recorrido. Son los mismos claustros por los que discurrieron, en otros tiempos, las "trece venerables". En este lugar, los motetes parecen elevarse con más presteza hacia el cielo, ya que, en cierto modo, este es el techo de la ciudad, su cota más alta, junto a la vieja parroquia de San Román.

Y, como último eslabón de la piedad conventual de esta zona, las madres de San José, las carmelitas de Santa Teresa de Jesús. Su día del Corpus, empezó muy pronto, la noche anterior, con el rezo de maitines. Por eso, cuando alrededor de las doce de la noche, resuenan las tablillas en los claustros, las tres saetillas de rigor son minúsculos e ingenuos cantos eucarísticos que anuncian la gran festividad.

"Es el Sacramento  
de maravillas portento".

Se oye. Y después, en el el silencio de la noche toledana,  
resuena el siguiente canto:

"Iba el Amor a marchar  
y al irse y querer quedar  
inventó la Eucaristía".

Y, finalmente, la última saetilla:

"Vive con el pensamiento  
junto al Santo Sacramento".

Con las carmelitas de hoy, el cuerpo incorrupto de la Beata María de Jesús, el letradillo de Santa Teresa, sigue siendo testigo, como en siglos pasados, de la piedad teresiana.

La procesión discurre ya frente a San Juan Bautista, iglesia conventual de la Compañía de Jesús construída sobre el solar de las casas de San Ildefonso y del Conde de Orgaz. Desde aquí, la aguja calada de la torre catedralicia, construída por Hanequin de Bruselas en el siglo XV, parece elevarse al cielo como custodia descomunal. Allí al lado, al paso del Santísimo, las dominicas de Madre de Dios se aprestan a la adoración del Cristo Sacramentado que pasa por su calle, entoldada y silente.

El camino serpenteante nos conduce a San Salvador, vieja mezquita transformada en iglesia, contigua al monasterio agustino de Santa Ursula. Enfrente, el gran convento de la Santísima Trinidad, posteriormente iglesia de San Marcos, es sólo un recuerdo. Como recuerdos son los viejos linajes toledanos. Los Illán, los

Lampader, los Toledo, los Polichení, los Cervatos, los Ben Furón, los Palomeque, los Barroso, los Silva, los López de Ayala, y, tantos otros, que tejieron nuestra historia y supieron transmitirnos también la fe.

Muy cerca igualmente, está la tumba del Señor de Orgaz, coronada por el célebre Entierro del Greco, al modo de excepcional procesion del siglo XVI. Capas pluviales, ricas dalmáticas, negras indumentarias alegradas por gorgueras y cruces de Santiago, hábitos monacales. Y el alma de don Gonzalo, como una nube, elevada amorosamente por el ángel, ante la bellísima mirada de un niño, Jorge Manuel Theotocopuli.

Y sigue la evocación. Junto a Santo Tomé, por la Plaza del Conde, han desfilado los disciplinantes pidiendo la curación de la Emperatriz Isabel de Portugal. Pero en otra primavera, tan hermosa como la nuestra, la reina más bella moría en el Palacio de Fuensalida, ante el desconsuelo del César Carlos y la contrita devoción del Duque de Gandía.

Al transcurrir por la calle de la Trinidad, sentimos nostalgia ante una ausencia, el convento de dominicas de Jesús y María fundado por doña Juana de Castilla, piadosa toledana descendiente de Pedro el Cruel. Y creemos escuchar todavía la oración de la venerable Francisca, al paso del Santísimo, como un piropo:

"De tí depende mi suerte,  
a tí miro y en tí espero,  
de tí vivo y por tí muero".

En sus tiempos, un toledano, Diego de la Cruz, encontró en el



campo una imagen maltrecha de la Nuestra Señora, bautizándola con el nombre de la Virgen del Valle. Poco después, quedaría depositada transitoriamente en este convento. Acababa de nacer la gran devoción mariana de los toledanos, que, al cabo de unos años, encontraría acomodo definitivo en la famosa ermita de este nombre, allende el río.

Pero hemos de volver a la realidad del ahora y del aquí. La procesión va llegando a su fin. Ante otras custodias, sin embargo, la vela continúa, y otras oraciones, en cascada, descienden hacia el Tajo, testigo de excepción. Franciscanas de San Antonio, Benitas de la Purísima Concepción, Franciscanas de Santa Isabel de los Reyes, Jerónimas de San Pablo. Estas son las herederas espirituales de monjas venerables, cuya fama de santidad traspasó los muros de sus conventos: doña María García de Toledo, la beata, sor María la Pobre, doña Jerónima de la Fuente, la gran misionera en tierras filipinas, inmortalizada por Velázquez. A esta última perteneció un bellissimo Cristo yacente, conservado todavía en Santa Isabel, cuyo pecho es un inusitado sagrario. Esta es la única imagen de taleas características existente en la ciudad, y es similar, en cierto modo, al Cristo yacente de Gaspar Becerra, de las Descalzas Reales de Madrid.

Han transcurrido más de dos horas desde que la custodia de Arfe saliera de la Catedral. El sol, arriba, a través de los toldos remendados, se ha sumado al homenaje que el pueblo rinde al Santísimo Sacramento. El tomillo, el romero y el cantueso, han quedado inmolados a sus pies, a lo largo del camino.

El templo vuelve a iluminarse...

"Adorad postrados

este Sacramento.  
Cese el viejo rito,  
se establece el nuevo"...Tantum  
ergo sacramentum..."

Toledo, una vez más, va a cumplir este año con el precepto. El atardecer lejano del Cenáculo, que evocábamoso al principio de este pregón, ha dado un fruto espléndido. De Oriente vino la Luz, transformada en Pan. Luz y Pan que, como dice el salmo, "...libró mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas. Mis pies de la vacilación".

BALBINA MARTINEZ CAVIRO

Corpus, 1993.